

la quinta parte de los colonos<sup>1</sup>, sin contar los cincuenta mil hombres de guerra. Esto recuerda la inscripción añadida en un mapa al nombre de la «ciudad» de Ouchouia, la colonia urbana más meridional de América y del mundo: «Setenta y ocho residentes, todos funcionarios».

Francia, tomada como ejemplo de esta «democratización» del Estado, está dirigida por un número de unos seiscientos mil parti-



Cl. de l'Assiette au Beurre.

LAS POTENCIAS EN CHINA, POR STEINLEN

cipantes en la fuerza soberana, pero si se unen á los funcionarios propiamente dichos los que se consideran como tales, y que efectivamente están revestidos de cierto poder local ó momentáneo, lo mismo que los individuos separados del grueso de la nación por títulos ó signos distintivos, como guardas rurales, tamborileros de villa, pregoneros, sin contar los condecorados, resulta que el número de los funcionarios excede en mucho al de los soldados, y, tomados en su conjunto, son sostenes mucho más eficaces del gobierno que les paga, porque mientras el militar obedece las órdenes reci-

<sup>1</sup> Louis Vignon, *La France en Algérie*.



Album Forain.

Cl. Plon-Nourrit.

— Sí, hijos míos; privándome todos los días de tomar café, he llegado á ser propietario.

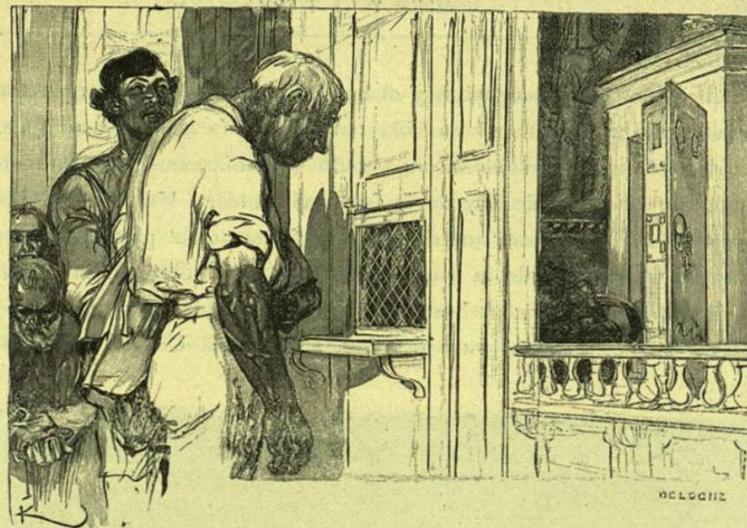
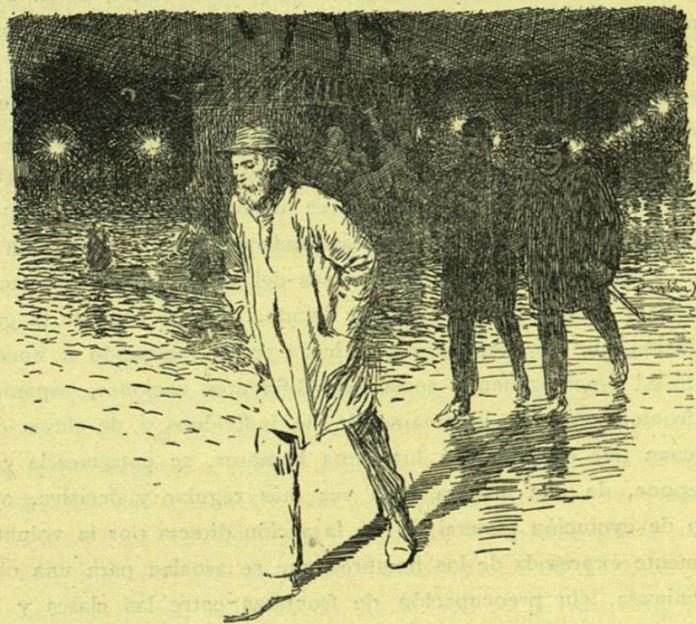
bidas por temor, el funcionario añade al móvil de la obediencia el de la convicción: como forma parte del gobierno, reconcentra en sí su espíritu en toda su manera de pensar y en su ambición. Por sí solo representa el Estado. Además, el inmenso ejército de funcionarios en plaza tiene como reserva el ejército, mayor aún, de todos los candidatos á las funciones, de todos los solicitantes y pretendientes, padres, parientes y amigos. Así como los ricos se apoyan sobre la masa profunda de los pobres y de los hambrientos que les son semejantes por los apetitos y el amor al lucro, así también las multitudes oprimidas, vejadas y maltratadas sostienen indirectamente el Estado, puesto que se componen de individuos que se ocupan en solicitar empleos.

Naturalmente, esa expansión indefinida del poder, ese reparto al menudeo de las plazas, de los honores y de los pequeños sueldos, hasta salarios ridículos, hasta la simple esperanza de emolumentos futuros, tiene consecuencias de efecto contradictorio. Por una parte la ambición de gobernar se generaliza, hasta se universaliza, y la tendencia normal del ciudadano común consiste en participar en la gerencia de la cosa pública. Millones de hombres se sienten solidarios de la conservación del Estado, que es su propiedad, su cosa; así también, paralelamente, la deuda creciente del gobierno, repartida en miles de pequeños títulos de renta, encuentra otros tantos defensores como acreedores que perciben cada trimestre el valor de sus cupones. Por otra parte, ese Estado, dividido en innumerables fragmentos y colmando de privilegios á tal ó cual individuo que todo el mundo conoce y que no ha dado ocasión especial de que se le admire ni de que se le tema, que hasta hay razón para que se le desprecie, ese gobierno pueril, demasiado conocido, cesa de dominar á la multitud por la impresión de majestad terrible que pertenecía antes á los amos, casi siempre invisibles y que no se mostraban al público sino rodeados de jueces, escuderos y verdugos. No solamente el Estado no inspira ya misterioso y sagrado terror, sino que hasta provoca risa y desprecio: por los periódicos satíricos, especialmente por las maravillosas caricaturas que han llegado á ser una de las formas más notables del arte contemporáneo, los historiadores futuros estudiarán el espíritu pú-

blico durante todo el período que comienza con la segunda mitad del siglo XIX. El Estado perece, se neutraliza por su misma diseminación; poseyéndole todos, ha cesado virtualmente de existir; ya no es más que la sombra de sí mismo.

Así es como las instituciones se desvanecen en cuanto triunfan en apariencia. El Estado se ramifica por todas partes, pero por todas partes también se muestra una fuerza opuesta, antes tenida por nula é ignorándose á sí misma, pero siempre creciente y desde luego consciente de la obra que ha de realizar. Esta fuerza es la libertad de la persona humana que, después de haber sido espontáneamente ejercida por muchas tribus primitivas, fué proclamada por unos filósofos y reivindicada sucesivamente con más ó menos conciencia y voluntad por innumerables rebeldes. En nuestros días los rebeldes se multiplican; su propaganda toma un carácter cuya forma, menos pasional que en otro tiempo, es mucho más científica; entran en la lucha más convencidos, más audaces, más confiados en su fuerza y encuentran en las condiciones del ambiente mayores facilidades para escapar á la acción del Estado. En eso consiste la gran revolución que se prepara y que hasta se va realizando á nuestra vista. Al funcionamiento social en diferentes naciones, separadas por fronteras y bajo la dominación de individuos y de clases que se tienen por superiores á los otros hombres, se entremezcla y se sobrepone, de una manera cada vez más regular y decisiva, otro modo de evolución general, el de la acción directa por la voluntad libremente expresada de los hombres que se asocian para una obra determinada, sin preocupación de fronteras entre las clases y los países. Toda realización que se verifica así sin la intervención de los jefes oficiales, fuera del Estado, cuyo pesado mecanismo y cuyas prácticas trasnochadas no se prestan al movimiento normal de la vida, es un ejemplo que puede ser utilizado para empresas más grandes, y los antiguos súbditos, convertidos en asociados, se agrupan con toda independencia, conforme á sus afinidades personales, á sus relaciones con el clima que les baña y el suelo que les sostiene y aprenden á prescindir de los andadores que tan mal les guían, dirigidos por hombres degenerados y locos. Por los fenómenos de la actividad humana en las ramas del trabajo, agricultura,

industria, comercio, estudio, enseñanza y descubrimientos, los esclavizados llegan gradualmente á libertarse, á conquistar la posesión completa de esa iniciativa individual sin la cual ningún progreso se realizó jamás.



## EL CULTIVO Y LA PROPIEDAD

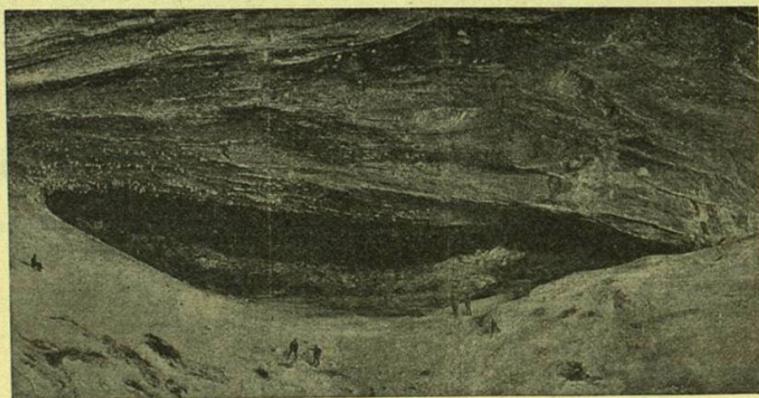
*El poder de los reyes y de los emperadores es limitado, el de la riqueza no tiene límites.*

### CAPÍTULO VIII

HABER DE LA HUMANIDAD EN FAUNA Y EN FLORA.  
 DOMESTICACIÓN. — PARQUES NACIONALES Y RESERVAS. — ESPECIES HUMANIZADAS. — PROPIEDAD COMÚN. — REPARTOS PERIÓDICOS.  
 PROPIEDAD PRIVADA. — GRANDE Y PEQUEÑA PROPIEDAD.  
 TIERRA DADA EN FEUDO Ó REGALADA. — ALQUILER Y ARRENDAMIENTO.  
 MEJORAS AGRÍCOLAS. — EL SUELO Y LA HACIENDA.  
 CUADRO GENERAL DE LA PRODUCCIÓN. — CAOS Y MISERIA.

**E**L haber que se atribuye la humanidad y que representan los jardines y los campos cultivados, los rebaños de las praderas y de los eriales y, por último, los animales domésticos, se ha aumentado, de una manera general, proporcionalmente al número de beneficiarios; sin embargo, no parece que, desde la época prehistórica, las adquisiciones del hombre en especies nuevas de esencial utilidad hayan sido muy considerables. Allá en los remotos tiempos á que se remontan los testimonios escritos, ya se habían hecho los

descubrimientos fundamentales y el hombre molía el grano y amasaba la pasta que se transforma en vida; también tenía amigos, asociados, servidores entre los animales: su mundo se había aumentado infinitamente por el de la flora y de la fauna vivientes. Hasta es posible remontarse á las edades anteriores á la fauna actual para encontrar en ellas los indicios de la asociación hecha por voluntad, por astucia ó por fuerza entre el hombre y otros animales. Los descubrimientos hechos en una gruta próxima á la bahía Ultima Speranza,



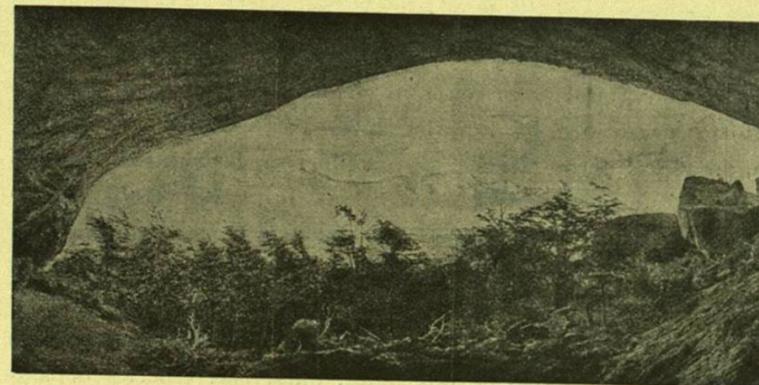
LA GRAN GRUTA DE ULTIMA SPERANZA

en medio de los archipiélagos magallánicos, no dejan la menor duda respecto de este asunto. Es cierto que antes del último período glacial los trogloditas de la América meridional poseían ya un animal doméstico, el *grypotherium domesticum*, un desdentado gravígrado, que ha dejado de existir desde hace ya mucho tiempo: espesas capas de estiércol de unos dos metros, que cubren un espacio de 2,600 metros cuadrados en la gruta que aquellos animales habitaban al lado de los hombres, prueba que se les criaba en verdaderos rebaños<sup>1</sup>.

Como toda evolución, la de las relaciones del hombre con las otras especies vivientes, vegetales y animales, sufre ciertos retrocesos. El cultivo no se ha enriquecido ni mejorado con un movi-

<sup>1</sup> R. Hanthal, *Revista del Museo de la Plata*, t. IX, ps. 409 y siguientes.

miento igual y continuo; en ciertas épocas, por el contrario, se ha empobrecido mucho. En cuanto á domesticar los animales, es cierto que la humanidad se halla parcialmente en una vía regresiva. Algunas especies que hubieran podido ser preciosos auxiliares han sido destruidas, así como otras que, por lo menos, contribuían á la belleza y á la alegría de nuestro planeta; ahora no se las conoce en las vitrinas de nuestras colecciones, sino por raros ejemplares y por las descripciones y los grabados que sagaces naturalistas han dedicado



LA CADENA DE LOS ANDES, VISTA DESDE LA GRUTA DE ULTIMA SPERANZA

á la fauna desaparecida. Hay especies aún, como el kanguro, gravemente amenazadas, y si llegasen á perecer la pérdida sería irremediable. Además, animales antes domesticados han vuelto en nuestros días á la vida errante. Así los arqueólogos han comprobado de una manera indubitable que los Egipcios del «Antiguo Imperio» contaban en sus rebaños de animales domésticos tres especies de antílopes, la gacela de Nubia (*A. leucoryx*), la gacela propiamente dicha (*A. dorcas*) y el defalla (*A. ellipsiprymna*); en un bajo relieve señalado por Lepsius en sus *Denkmaeler*, se ve, entre los rebaños de animales domésticos contados por los escribas, una cuarta especie de antílope, el *damalis senegalensis*, de cuernos en forma de lira. El buquetin del Sinaí, *capra sinaitica*<sup>1</sup>, que se encuentra aún en

<sup>1</sup> Fr. Lenormant, *Les Premières Civilisations*.

multitudes silvestres entre el Nilo y el Mar Rojo, como en el macizo del Sinaí, había sido también domesticado. Pero desde el «Imperio Medio» la gacela de Nubia era el único de esos antílopes ó cabras que quedó doméstica, y después de la invasión de los Hyksos, todos aquellos animales que los Egipcios habían sabido asociar á su existencia habían vuelto á ser silvestres.

Con las diversas especies de perros que poseían y enseñaban los Egipcios, habían sabido adiestrar dos animales aproximados á la hiena, en los que Hartmann ha reconocido el perro hienoide, *canis pichus*<sup>1</sup>, que vive todavía en Abisinia, pero que no se utiliza ya en ninguna parte como cazador, aunque sabe agruparse muy bien en jauría y perseguir la caza con raro método hasta en pleno día. No costó gran trabajo á los Egipcios aprovechar ese instinto tan notable, porque el perro hienoide se reproduce en la domesticidad. En cuanto al guepardo (*felis jubata*), que los cazadores de Egipto tenían también en sus perreras, sirve todavía á los Beni Mzab de Argelia para perseguir á los antílopes. Al extremo opuesto del continente, en las malezas del África meridional, el abandono extraordinario de los colonos, de raza holandesa, francesa ó británica, ha destruído, en el espacio de dos siglos, quizá más especies de animales que las que el hombre hubiera podido asociar á su trabajo. Dos de esos soberbios animales han desaparecido completamente durante la segunda mitad del siglo XIX: el antílope negro ó blaubock y el couaga. Este último hubiera sido fácil de conservar, porque se domesticaba pronto cuando se le capturaba joven: se cruzaba con la yegua y no sufría como la mayor parte de los otros animales el terrible contagio aportado por la mosca tsetsé. Por millones hubieran podido contarse los couagas si se hubiera intentado la cría, y no quedan en la actualidad más que esqueletos y pieles en una docena de museos<sup>2</sup>.

El elefante, que constituía la gloria de los grandes cortejos de Africa, hace dos mil años, como todavía en la actualidad en las Indias, ha vuelto recientemente al estado salvaje en el continente negro. En el curso del siglo XIX, la especie africana no estaba ya

<sup>1</sup> Dümichen; — Hartmann, *Resultate der archäologisch-photographischen Expedition*.

<sup>2</sup> Graham Renshaw, *Zoologist*, citado en la *Revue Scientifique*, 30 Marzo 1901.

representada por un solo animal domesticado: la raza había vuelto á su primitivo estado silvestre, y lo que de ella quedaba estaba amenazado de desaparición muy próxima. Se ha calculado que la producción del marfil elefantino en África es de 800,000 kilogramos anuales. Una pequeña parte de esta preciosa substancia se compone de «marfil muerto», procedente de cadáveres hallados en los bosques, pero casi toda la cosecha se compone de «marfil vivo»<sup>1</sup>. Es decir, tomando un término medio de 15 kilogramos por colmillo, los cazadores matan á lo menos 40,000 elefantes al año, sin contar los que habiendo sido heridos, van á morir lejos perdidos en la maleza<sup>2</sup>. Y sin embargo, ¡cuánta riqueza superior, por su fuerza de trabajo y por su inteligencia representa el animal vivo comparado con el animal muerto! En lugar de esas cazas de exterminio, se podría fácilmente domesticar al gigantesco animal, como antiguamente los Etiopes, los «más prudentes de los hombres», y transformarle en servidor, mejor aún, en aliado en el trabajo de arreglo del suelo africano. Los relatos de los historiadores y los grabados de las monedas no dejan duda que el elefante doméstico de los ejércitos pertenecía verdaderamente á la especie que recorre hoy día los bosques nilóticos. La dimensión considerable de las orejas y la forma de la frente caracterizan claramente esta especie. Pero la guerra mató la industria de la domesticación, y á la paz, á la paciente dulzura de los educadores incumbe comenzar nuevamente la grandísima obra, porque es verdaderamente uno de los supremos triunfos del hombre haber sabido elevar ciertos animales hasta la sociedad superior que concibe y practica lo bello. ¿No ha llegado el elefante á ser el dios Ganesa, es decir, el símbolo de la Prudencia, gracias al hombre, que hizo de él su compañero? ¿Y no puede decirse lo mismo de especies igualmente divinizadas, como el perro y el gato, que, conservando, especialmente el gato, cierta independencia y la originalidad del carácter, se han humanizado para vivir de la existencia del *homo sapiens* por la mirada, los deseos, los sentimientos y las pasiones?

<sup>1</sup> Marfil puesto en venta en los tres grandes mercados de Londres, Liverpool y Amberes en 1895: 674,550 kilogramos.

<sup>2</sup> *Revue Scientifique*, 21 Septiembre 1895.